

Apatía y renovación: ¿claves de la elección?

Adolfo Garcé

Instituto de Ciencia Política

Facultad de Ciencias Sociales

UDELAR

Introducción

Suele decirse con toda razón que la política uruguaya es de las más estables del mundo. Sin embargo, cada tanto, irrumpe lo inesperado. El domingo 1º de junio fue uno de esos momentos especiales, infrecuentes, sorprendentes. La sorpresa más resonante fue el triunfo del diputado Luis Lacalle Pou sobre el senador Jorge Larrañaga en la primaria del Partido Nacional. Pero no menos sorprendente fue el derrumbe del Espacio 609, encabezado por Lucía Topolansky, en la interna del FA, la transformación de la lista 711 de Raúl Sendic en la más votada en tiendas frenteamplistas y el incremento de votos en blanco (11 mil más que hace 5 años). Otros resultados, como la excelente votación de Constanza Moreira (arañando el 18%) o el bajo nivel de participación de la ciudadanía (37%), eran más previsible. Pero cuando se los coloca en el contexto de los otros datos mencionados nos obligan a hacernos al menos dos grandes preguntas. La primera de ellas, la más relevante desde mi punto de vista, es si no tendremos que admitir que también en Uruguay la ciudadanía está empezando a experimentar frustración y/o desencanto con el sistema democrático. La segunda pregunta es en qué medida (y de qué manera concreta) los resultados de la elección de junio podrían incidir en el desenlace final de la carrera por la presidencia.

Para contestar estas preguntas el texto se organiza del modo siguiente. En la primera sección se presenta el argumento de Adam Przeworski en *Qué esperar de la democracia*, el marco teórico que, desde mi punto de vista, mejor ayuda a entender lo que puede estar pasando en Uruguay. En las dos secciones siguientes se analizan los resultados más importantes de la elección del 1º de junio. En la cuarta se exploran las perspectivas que se abren hacia las elecciones nacionales. Antes de seguir adelante, quiero anticipar la respuesta que ofrezco a las dos preguntas con las que cerraba el párrafo anterior. En primer lugar, creo que los resultados del 1º de junio obligan a encender la luz amarilla: la ciudadanía presenta señales de fatiga y frustración respecto a la democracia uruguaya. En segundo lugar, me parece claro que se ha configurado un escenario en el cual el favoritismo del FA es menos obvio que hace un mes: el FA puede perder el gobierno.

1. Hegel, Przeworski y el desencanto con la democracia

Según Hegel, sabrán disculpar la tremenda simplificación, cada tesis genera su antítesis. Carlos Marx, siguiendo esta forma de razonar, sostuvo que el capitalismo generaba inexorablemente las condiciones que harían posible su destrucción (y la ulterior construcción del comunismo). Przeworski, en su espléndida discusión sobre la democracia y sus límites, no lleva el enfoque hegeliano tan lejos como Marx. No afirma que la democracia está condenada a ser sustituida por alguna clase de sistema antitético. Pero sí sostiene, rindiendo un lejano tributo a Hegel, que la democracia genera inexorablemente frustración y desencanto. Entender de una buena vez, sin ingenuidad, los límites inherentes a la democracia, es fundamental según él para preservar la confianza de la ciudadanía en el sistema. ¿Por qué la democracia genera desencanto? Lo argumenta del modo siguiente:

“La democracia, con todos sus cambiantes significados, ha enfrentado repetidamente cuatro desafíos que, en la actualidad, continúan provocando una insatisfacción intensa y muy extendida. Estos desafíos son: (1) la incapacidad de generar igualdad en el terreno socioeconómico, (2) de hacer sentir a la gente que su participación política es efectiva, (3) de asegurar que los gobiernos hagan lo que se supone que deben hacer y no hagan lo que no se les ha mandado hacer, y (4) de equilibrar orden con no interferencia” (2010:33-34).

Veamos cada uno de estos cuatro argumentos con un poco más de detalle. Los cuatro valen la pena y nos ayudarán a entender un poco más a fondo qué puede estar pasando en Uruguay.

Democracia e igualdad. Desde sus inicios, la democracia se construyó sobre el ideal de la igualdad. En Atenas, que fue testigo de los primeros experimentos democráticos registrados por la Teoría Política, la ciudadanía era definida precisamente en términos de igualdad. Los ciudadanos, sin perjuicio de sus diferencias en otros planos, pueden participar en pie de igualdad en los asuntos públicos. En el gobierno democrático, todos los ciudadanos deben poder ejercer “idéntica influencia en sus decisiones” (Przeworski 2010:121). La igualdad política, sin embargo, contrasta con la desigualdad social: “a pesar de su pedigrí igualitario, la democracia no se caracteriza ni puede caracterizarse por la igualdad” (2010:128). La vieja promesa de igualdad política convive con el dato, obvio, persistente y estremecedor, de la desigualdad económica. Algunas democracias (como la uruguaya) se las ingenieron para construir mejores mecanismos de distribución del ingreso que otras. Pero ninguna ha logrado suprimir la desigualdad.

Democracia y participación. La democracia es, por definición, participación ciudadana. En Atenas, la noción de ciudadanía se remitía fundamentalmente a la participación en los distintos cargos de gobierno (decía Aristóteles en su *Política* que, “un ciudadano, en sentido estricto, por ningún otro rasgo se define mejor que por su participación en la administración de la justicia y el gobierno”). Con el paso del tiempo y los cambios de escala (de la pequeña ciudad-estado a los grandes estados-nación), la noción de participación también cambió. El ciudadano sigue siendo elegible, pero el rasgo que lo define mejor es el de elector. El elector, incluso cuando el voto es obligatorio, “los votantes sólo pueden elegir lo que alguien ha propuesto” (Przeworski 2010:51). Además, es evidente que “nadie puede, en forma individual, hacer que una alternativa en particular sea la elegida” (2010:51). Finalmente, es muy frecuente que, en las democracias maduras, los partidos presenten plataformas políticas parecidas entre sí: “Si todos los partidos que tienen chances de ganar se mueven hacia el centro, las opciones que presentarán a los electores están circunscriptas” (2010:171). Por ende, “la mayor parte del tiempo los partidos proponen y los gobiernos partidarios implementan políticas que no difieren mucho de las de sus oponentes” (2010:171). La limitación de las alternativas de políticas públicas efectivamente disponibles por parte de los votantes es inherente, entonces, a la competencia electoral. Los votantes, por tanto, pueden concluir, especialmente a medida que comprenden el funcionamiento real del sistema, que su participación es simbólicamente importante pero irrelevante en términos prácticos.

Democracia y agencia. “Los ciudadanos no gobiernan; son gobernados por otros”, afirma con toda contundencia Przeworski (2010:51). Un enorme desafío para la democracia es el de cómo el principal (el elector) controla al agente (el gobernante). No es nada sencillo para el elector controlar a su representante. Por un lado, los mandatos contenidos en las plataformas de los partidos suelen ser vagos o ambiguos (otra vez, los partidos tienden a ser *catch-all*). Por el otro, es igualmente natural que los políticos electos reclamen tener cierto margen de autonomía respecto a los electores: “algunos costo de agentividad son inevitables”, dice Przeworski (2010:52). El votante, por tanto, puede percibir que, con demasiada frecuencia, pierde capacidad para controlar efectivamente lo que hacen los gobernantes. A esto hay que sumarle otra restricción adicional, muy importante en algunos sistemas políticos. Cuanto más pluralista sea un sistema democrático (cuanto más dividido social y/políticamente esté dividido el poder), más dificultades tendrá para canalizar los mandatos de cambio. A veces la división del poder deriva de la estructura social y de sus vínculos con el sistema político. Otras veces del diseño institucional, por ejemplo, de la existencia de poderosos pesos y contrapesos. En otros casos es consecuencia de las características del sistema de partidos. A menudo, es el resultado de combinaciones entre los factores anteriores. En todo caso, la democracia, aunque nació revolucionaria, ha terminado siendo más conservadora de lo que muchos ciudadanos quisieran.

Democracia y orden. Como vez explicó Sheldon Wolin, el problema del orden ha sido siempre un “problema fundamental” para la filosofía política (1974:17-18). La democracia, el ideal del autogobierno, no puede eludir este desafío fundamental. Por tanto, está obligada a conciliar la búsqueda del orden con la no interferencia, es decir, el ejercicio de la autoridad por parte del gobierno con las mayores garantías para la libertad individual (Przeworski 2010:52). En un nivel de máxima abstracción, al estilo de la argumentación Thomas Hobbes en *Leviatán*, es posible argumentar que solamente la existencia de la autoridad estatal hace posible conciliar libertad y seguridad. Pero en un terreno mucho más concreto, en el de las prácticas cotidianas de las democracias contemporáneas, libertad y orden suelen tener conflictos. A veces la democracia puede terminar sacrificando parcialmente la libertad en aras del orden (y la seguridad individual). Otras veces, por el contrario, el ejercicio de la libertad puede erosionando el orden (y la seguridad individual).

En suma. La democracia tiende a frustrar algunas de sus promesas más importantes. La participación del votante es poco efectiva y su capacidad para controlar al gobernante reducida. La igualdad política convive con la desigualdad económica y la libertad individual choca con la demanda de orden. La democracia funciona mejor protegiendo al *statu quo* que transformándolo. La democracia frustra, asegura Przeworski, muy especialmente a quienes depositan en los partidos esperanzas de cambios sensibles y visibles. Sospecho que algo de esto está pasando en Uruguay y salió a la luz el domingo 1º de junio.

2. Abstención y voto en blanco

El porcentaje de electores que participan en las internas volvió a disminuir en esta elección respecto a las anteriores. Creció bruscamente número de votos en blanco. Los datos son conocidos pero vale la pena volver a presentarlos:

Tabla 1

Abstención y voto en blanco (1999-2014)

	1999	2004	2009	2014
Participación (1)	53%	46%	45%	37%
Votos en blanco (2)	s/d	s/d	0,5%	1%

Fuente: Base de Datos PPRRII/FCS. *Notas:* (1) Porcentaje de votantes al Órgano Deliberativo Nacional sobre número de inscriptos en padrón electoral. (2) Porcentaje de votantes en blanco en la elección al Órgano Deliberativo Nacional sobre el total de votos emitidos en esa misma elección.

¿Cómo explicar la caída persistente en el porcentaje de electores que participan en las primarias uruguayas desde 1999 en adelante? Una forma sencilla y poderosa de hacerlo es remitiendo el grado de participación al nivel de competitividad de las disputas en cada partido: a mayor competitividad, mayor participación. Esta hipótesis no funciona bien. En 1999 votó el 53% de los inscriptos. Había competencia en todos los partidos. En 2009 y 2014 también hubo competencia en todos ellos. Sin embargo, la participación descendió mucho. En 2004 se registró el mayor nivel de participación de electores frenteamplistas en las primarias: el 43% de quienes concurren a votar el día de las primarias lo hicieron por el FA. Sin embargo, no había competencia por la candidatura presidencial. Danilo Astori, que sí había disputado con Vázquez la nominación en 1999, optó por no volver a hacerlo en 2004. Cinco años después, en junio de 2009, hubo una intensa competencia entre José Mujica y Danilo Astori. Sin embargo, el porcentaje de votantes frenteamplistas sobre el total disminuyó: pasó del 43% en 2004 al 41%. El número de votantes en la primaria del FA también disminuyó en términos absolutos: pasó de 455 mil (2004) a 432 mil (2009). La hipótesis centrada en la competencia electoral tampoco ayuda mucho a entender la evolución del número de votantes en el Partido Nacional. En 2014 se registró la elección interna más claramente competitiva de toda la serie. Aunque el PN fue, como en 2009, el partido más votado, en términos absolutos convocó menos electores que cinco años antes: 468 mil votantes en 2009; 408 mil en 2014. El contraste entre las dos últimas elecciones primarias es muy impactante: 60 mil votantes menos en el PN, a pesar del enorme despliegue propagandístico y político realizado por los dos candidatos; 135 mil votantes menos en el FA a pesar de la competencia entre Tabaré Vázquez y Constanza Moreira. Es perfectamente cierto que la competencia por la candidatura frenteamplista de 2009 era más reñida que la de 2014. Sin embargo, insisto, en 2004 no hubo competencia: en diez años, el número de votantes al FA en la primaria pasó de 455 mil a menos de 300 mil. No creo que sea un dato menor.

Tampoco me parece poco relevante el fenómeno de los votos en blanco. Fue sí prácticamente irrelevante en las primarias de 1999 y 2004 (tan es así que es muy difícil conseguir información). Creció en 2009: llegó al 0,5% del total. Y se duplicó en 2014: 1% del total. ¿Cuáles son las razones que pueden llevar a un elector a tomarse la molestia de ir a emitir su voto cuando no es obligatorio hacerlo? Una posibilidad que no puede descartarse es que simplemente lo haga por estar mal informado, esto es, asumiendo por error que el voto en la primaria es obligatorio como en otras instancias electorales. Es posible, pero poco probable. El nuevo sistema electoral instalado por la Constitución de 1997 está funcionando desde 1999, y nunca hubo ninguna confusión en este sentido. Parece mucho más razonable asumir que ese voto en blanco encierra un mensaje muy claro de descontento con el menú de candidaturas ofrecida por el sistema de partidos. Si esta hipótesis fuera correcta habría que asumir que se trata de electores muy interesados en la política, tanto como para molestarse en informarse sobre la

oferta, primero, formarse una opinión sobre ella, después, y decidir a votar, por último, pero profundamente desconformes con las alternativas disponibles.

Menos electores concurriendo a votar: 8% menos que en 2009, 16% menos que 1999. Más electores votando en blanco: aumentó 100%. ¿No será hora de preguntarse si no está ocurriendo algún fenómeno importante en el vínculo entre la ciudadanía y el sistema de partidos? ¿Cómo interpretar esto? Es evidente que para ir más lejos en la interpretación es necesario trabajar con otros datos, especialmente, con información de opinión pública. A la luz de las reflexiones de Adam Przeworski que presenté en la sección anterior puede argumentarse que tanto la caída de la participación como el aumento de los votos en blanco podrían estar relacionados con cierto desencanto con la democracia electoral. Me explico.

En primer lugar, según Przeworski la democracia frustra porque no elimina la desigualdad económica. En Uruguay, durante la última década, la pobreza experimentó una disminución muy pronunciada. El FA cumplió con su promesa, esbozada por primera vez en 1999, de implementar un Plan de Emergencia. A lo largo de diez años el partido de gobierno ha hecho numerosos esfuerzos por promover la igualdad. Muchas de las reformas que impulsó durante este período están guiadas por el ideal de la igualdad, desde el Impuesto a la Renta de las Personas Físicas al Sistema Nacional de Salud, pasando por la reinstalación de los Consejos de Salarios o las nuevas normas para los trabajadores rurales. La desigualdad, medida por el Gini, disminuyó levemente. Sin embargo, sigue siendo evidente que existe una gran distancia entre ricos y pobres, y que ni la democracia (que se basa en la idea de la igualdad política) ni la izquierda (que tiene como “estrella polar” el ideal de igualdad, para usar la expresión de Norberto Bobbio), han podido concretar cambios relevantes en la distribución del ingreso y los niveles de desigualdad.

En segundo lugar, según Przeworski la democracia fatiga porque los electores terminan concluyendo que su voto no es muy relevante. Cuanto más centripeta la competencia política menos incentivos tienen los electores para participar. En última instancia, cuanto más se parecen las ofertas partidarias menos cambios pueden esperarse en las políticas públicas. Mientras el FA estuvo en la oposición, buena parte de la población confiaba en que era posible un cambio no trivial. Tabaré Vázquez, en particular, había logrado imponerse claramente sobre Danilo Astori en la carrera por la sucesión de Líber Seregni en el liderazgo del FA en ancas de la consigna de “otra política económica”. Sin embargo, para asegurar el triunfo en la elección de 2004, anunció (haciendo exactamente lo que Przeworski hubiera esperado) que Astori sería su ministro de Economía. Vázquez cumplió su promesa: Astori fue ministro y la política económica del FA fue más centrista (más continuista) de lo que muchos de los electores que habían

depositado su confianza en Vázquez hubieran preferido. Ésta es una de las razones por las cuales, entre fines de 2008 y mediados de 2009, José Mujica, enarbolando la ilusión de un “giro a la izquierda”, logró derrotar a Astori en la carrera por la presidencia. Sin embargo, también él, para asegurar la elección (y haciendo exactamente lo que Przeworski hubiera esperado), anunció que Danilo Astori, además de ser vicepresidente, tendría a su cargo el control de la política económica (Garcé 2011).

El FA, por lo tanto, ha sido más centrista que lo que muchos de sus votantes hubieran querido. Esto, muy probablemente, ayude a entender por qué tantos frentistas no fueron a votar a la primaria de junio de 2014. Otra vez Tabaré Vázquez promete continuidad. Otra vez promete una política económica “seria”, bajo el severo control del astorismo. Pero el candidato del oficialismo no es el único en erosionar la ilusión del cambio. También hay centrismo en la oposición. Los partidos de oposición vienen haciendo, desde que perdieron el poder en la elección de 2004, un gran esfuerzo por desplazarse hacia el centro. Esto es muy visible en el Partido Colorado, al menos desde que el senador Pedro Bordaberry se transformó en su principal referente público. Pero lo es también en el Partido Nacional, tanto en la vertiente neowilsonista liderada por Jorge Larrañaga como en la nueva fracción, la que terminó venciendo en la primaria, cimentada en torno a la precandidatura presidencial de Luis Lacalle Pou. La oposición, en todo caso, no propone un programa de gobierno claramente distinguible del que viene implementando el FA.

La sistemática búsqueda del centro por parte de la oposición junto a la moderación del viejo libreto frenteamplista ha terminado desdibujando los perfiles ideológicos tradicionales de los partidos. La oferta electoral, en el plano de las políticas públicas, ha terminado siendo extraordinariamente homogénea. En los noventa la opinión pública podía optar claramente entre dos libretos: de un lado los que ofrecían priorizar el crecimiento económico y un giro hacia el Mercado, del otro los que insistían en compatibilizar crecimiento e igualdad mediante un incremento del papel rector del Estado. Los liberales se acercaron a los “dirigistas”, y los “dirigistas” a los liberales. Las opciones son limitadas. El voto no altera demasiado los paradigmas de políticas.

En tercer lugar, la democracia frustra porque, con demasiada frecuencia, el elector termina percibiendo que no puede ser demasiado difícil obligar a sus representantes a cumplir sus promesas. La existencia de una lógica de competencia política programática facilitar la rendición de cuentas. Sin embargo, el predominio de criterios de representación programáticos no evita que los partidos dejen de lado sus promesas electorales y que los dirigentes políticos tomen decisiones muy distintas a las que los electores podían prever. Vázquez confrontó durante una década con Astori pero luego se asoció estrechamente

con él. Larrañaga fue electo senador en 2009 luego de enviar numerosas señales de acercamiento a Mujica. Cuatro años después optó por confrontar con él. Constanza Moreira y Jorge Saravia fueron electos por el Espacio 609. Por distintas razones abandonaron el sector. En el caso de Saravia, además, abandonó el FA. Lacalle Pou fue impulsado por el Herrerismo como precandidato presidencial, pero a lo largo de su campaña abandonó (o disimuló) buena parte de las apuestas programáticas más tradicionales de este sector. La mayoría de los frenteamplistas querían a Daniel Martínez como candidato a la IMM en 2010. Pero un pacto político entre el PCU y el MPP frustró esta expectativa. El electorado uruguayo, como en otras democracias, tiene problemas serios para someter a los líderes a procesos exigentes de rendición de cuentas.

En cuarto lugar, la democracia cansa cuando no es capaz de conciliar libertad y orden. La democracia uruguaya viene arrastrando, en este sentido, un problema importante. Desde hace muchos años la opinión pública uruguaya viene reclamando que los gobiernos adopten medidas más enérgicas en el combate al delito, en general, y a los menores infractores, en particular. El FA no ha sabido o no ha podido dar satisfacción a esta demanda, al menos en el grado exigido por la ciudadanía. Tomando nota de esto, los partidos de oposición, liderados en este caso por el Partido Colorado, impulsaron una reforma constitucional para disminuir la edad de responsabilidad penal. Esta iniciativa, independientemente de si está o no apuntando en la dirección correcta para resolver el problema de la sensación de inseguridad, al menos tiene el mérito de canalizar por una vía democrática el fuerte reclamo de orden y seguridad individual que parte de la sociedad.

Comencé este apartado preguntándome por qué el porcentaje de votantes en las primarias sigue disminuyendo y por qué, al mismo tiempo, se incrementa el de quienes votan en blanco. El prisma analítico de Pzeworski nos ofrece algunas hipótesis potentes: (i) a pesar de las promesas del FA y de sus esfuerzos en el gobierno la desigualdad social continúa; (ii) la oferta programática de los partidos ha perdido variedad, competencia centripeta mediante; (iii) los líderes políticos muestran márgenes de autonomía importantes respecto a sus propios electores; (iv) no hay respuestas suficientemente contundentes a la demanda de orden y seguridad. Los uruguayos recobramos la democracia en 1985 en un clima de euforia. Colorados y blancos se alternaron en el gobierno pero, en esencia, cooperaron para llevar adelante reformas importantes. La confianza en los partidos fundacionales fue disminuyendo elección tras elección. Luego de la crisis de 2002, el FA llegó al poder. La ciudadanía se fue quedando sin opciones en las que depositar nuevas esperanzas. ¿Será por eso que asoman con tanta intensidad señales de renovación dentro de los principales partidos?

3. La demanda de renovación

Según Pzeworski la democracia no sólo tiende a generar frustración y desencanto. Al mismo tiempo, se las ingenia para encender la llama de la ilusión:

“(...) la democracia siempre vuelve a despertar nuestras esperanzas. Estamos siempre ansiosos de que nos seduzcan con promesas para hacer nuestra apuesta en el juego electoral. Un espectáculo deportivo de calidad mediocre sigue siendo siempre emocionante y atractivo. Más aún, es apreciado, defendido, celebrado. Es verdad que los están más insatisfechos con el funcionamiento de la democracia difícilmente lo verán como el mejor sistema en todas las circunstancias. Pero son más los que tienen esperanza de que es posible mejorar las instituciones democráticas, de que todo lo que hay de valioso en ella puede conservarse y mantenerse, y que lo que funciona mal puede ser eliminado” (2010:34).

Algunos resultados de la elección del 1º de junio son consistentes con este enfoque. En el PN se impuso la candidatura de Luis Lacalle Pou sobre la de Jorge Larrañaga. El triunfo fue inesperado no solamente porque las encuestas previas, casi sin excepciones, daban como ganador a Larrañaga. Fue inesperado porque la diferencia entre ambos precandidatos en términos de trayectorias políticas era realmente muy notable. Jorge Larrañaga tiene una trayectoria muy extensa en la política uruguaya: dos mandatos consecutivos como intendente de Paysandú (1990-1999), senador desde el año 2000, candidato a la presidencia en 2004 y presidente del directorio blanco (2004-2008). Ha sido un protagonista fundamental de la política nacional al menos desde que forzó la ruptura de la coalición entre el PN y el PC en octubre de 2002. No es casualidad, obviamente, que uno de las piezas publicitarias de Larrañaga hay subrayado este aspecto. La trayectoria política de Lacalle Pou, en cambio, es sensiblemente menor. El cargo más importante que ha ocupado hasta la fecha es el de presidente de la Cámara de Representantes (2011), cuerpo que integra desde febrero de 2000. Es evidente que recién ahora, desde que asumió la precandidatura presidencial con el apoyo de una coalición muy amplia de grupos vertebrada en torno al viejo herrerismo, logró convertirse en un actor clave de la política nacional.

En términos de apoyos políticos en la estructura partidaria, ambas candidaturas tenían fuerzas similares. Lacalle Pou contaba con una ventaja sensible entre los parlamentarios en la medida en que 6 de los 10 senadores, y 18 de los 30 diputados apoyaban su candidatura. Salvo los senadores Sergio Abreu (que había acompañado a Larrañaga en la elección anterior) y Jorge Saravia (electo senador por el Espacio 609 del Frente Amplio), y algunos diputados como Javier García, la gran mayoría de los parlamentarios que apoyaron la precandidatura

de Lacalle Pou habían sido electos por la UNA, es decir, por la alianza entre el Herrerismo y Correntada Wilsonista que respaldó en 2009 la candidatura presidencial de Lacalle Herrera. Entre los intendentes, en cambio, la ventaja la tenía Larrañaga; 8 de los 12 intendentes departamentales electos por el PN en 2010 formaban parte de la coalición interna que promovía la precandidatura del senador Larrañaga. Los respectivos respaldos se detallan en la tabla siguiente:

Tabla 2

Los respaldos de Larrañaga y Lacalle Pou en el parlamento y las intendencias

	LARRAÑAGA	LACALLE POU	TOTAL
Intendentes	8 Paysandú: Bertil Bentos Río Negro: Omar Lafluf Soriano: Guillermo Besozzi. Colonia: Walter Zimmer Tacuarembó: Wilson Esquerra Treinta y Tres: Dardo Sánchez Cerro Largo: Sergio Botana Lavalleja: Adriana Peña	4 Florida: Carlos Enciso Flores: Armando Castaingdebat Durazno: Banjamín Irazábal San José: José Falero	12
Senadores	4 Jorge Larrañaga Carlos Moreira Francisco Gallinal Eber Da Rosa	6 Luis A. Lacalle Sergio Abreu Luis A. Heber Gustavo Penadés Juan Chiruchi Jorge Saravia	10
Diputados	12 Montevideo (5): Verónica Alonso, Pablo Iturrealde, Jorge Gandini, Ana Lia Piñeyruá, Pablo Abdala. Canelones (2): Daniel Peña y Alberto Perdomo. Paysandú (1): Miguel Otegui Lavalleja (1): Mario García Salto (1): Rodrigo Goñi. Soriano (1): Novales. Treinta y Tres (1): Mario Silvera	18 Montevideo (4): Gustavo Borsari, Álvaro Delgado, Javier García, Jaime Trobo Canelones (2): Luis Lacalle Pou y Amin Niffouri Cerro Largo (1): Pedro Saravia Colonia (1): Ricardo Planchón Flores (1): Ricardo Berois Florida (1): José Arocena Maldonado (1): Nelson Rodríguez Artigas (1): Rodolfo Caram Rivera (1): Gerardo Amarilla Rocha (1): José C. Cardoso San José (1): Alberto Casas Río Negro (1): Daniel Mañana Tacuarembó (1): Antonio Chiesa Durazno (1): Carmelo Vidalín	30

Fuente: elaboración propia

Desde el punto de vista discursivo, los dos candidatos eligieron caminos distintos. Larrañaga, desde mediados de 2012, optó por abandonar la estrategia de presentarse como el “articulador” entre el FA y la oposición iniciada a mediados de 2008. Siguiendo esta orientación política, durante los primeros años del segundo gobierno del FA, el senador de Alianza Nacional fue el principal interlocutor del presidente Mujica. Larrañaga envió dos señales muy claras de cambio de su cambio de rumbo. En primer lugar, en agosto de 2012, interpelló al Ministro Ricardo Ehrlich y denunció el incumplimiento de los acuerdos multipartidarios sobre educación. En segundo lugar, en abril de 2013, Larrañaga cambió de posición sobre el acuerdo político para construir una alternativa al FA en Montevideo y anunció su apoyo a las negociaciones con el Partido Colorado para presentar un lema nuevo en la elección departamental de 2015.¹ Desde entonces, su discurso tuvo un claro perfil de confrontación con el FA (“el voto es como un martillo, sirve para poner un clavo y para sacar otro”, llegó a decir). Esta forma de encarar la elección primaria debe ser vista como un aprendizaje respecto a su derrota ante Lacalle Herrera en la elección anterior: hay buenas razones para pensar que al elegir acercarse al FA, en general, y a Mujica, en particular, se alejó de las preferencias del votante nacionalista promedio. Como es sabido, los electores que concurren a las primarias son los más identificados con las respectivas divisas y los menos dispuestos a admitir los méritos de los otros partidos. Sin embargo, Lacalle Pou eligió el camino opuesto. Se plantó, desde el día en que fue proclamado precandidato en el acto en Cambadu (mayo de 2013), más como “opción” que como “alternativa”. Y ha sido fiel a este recurso a lo largo de toda la campaña hacia junio (“por la positiva”). El razonamiento parece ser que un líder tan nuevo precisa un discurso igualmente novedoso.

También en el FA hubo sorpresas impactantes. En primer lugar, aunque Tabaré Vázquez, tal como anunciaban las encuestas, se impuso con mucha claridad, la votación de Constanza Moreira fue muy importante. Con sólo un mandato en el senado, y contando apenas con el respaldo de grupos menores en la estructura frenteamplista como el Partido por la Victoria del Pueblo, grupo IR (de Macarena Gelman), Agrupación Magnolia, entre otros, de algunos líderes políticos como Margarita Percovich, Alberto Couriel, Guillermo Chifflet y de figuras del ambiente cultural de la izquierda uruguaya como Daniel Viglietti y Eduardo Galeano, Constanza logró casi la misma proporción de apoyos que Danilo Astori en 1999, luego de una década de actuación como senador y habiendo sido el líder de la fracción más votada de la izquierda en 1994 (Asamblea Uruguay). Su excelente votación dejó un mensaje claro para Vázquez: muchos frenteamplistas (casi uno de cada 5) suscriben las críticas de la senadora frenteamplista al estilo de liderazgo del ex presidente. Pero la interna del FA deparó una sorpresa todavía más resonante. La lista 711 de Raúl Sendic logró convertirse en la más votada, superando al Frente Líber Seregni y al Espacio 609.

¹ Ver: <http://alianzanacional.com.uy/web/alternativa-montevideo/>

Muchos frenteamplistas, como la mayoría de los nacionalistas, parecen estar buscando líderes nuevos, con énfasis discursivos diferentes y estilos de comunicación distintos. Sendic parece haber capitalizado el debilitamiento del apoyo a los dos principales sectores del FA. La lista 711 trepó del 2,9% obtenido en 2009 al 20,9 en 2014. El Espacio 609 cayó de 33,4% a 11,6% y el Frente Líber Seregni de 26,7% a 20,5%. El perfil político Sendic tiene puntos de contacto con ambas tradiciones. Con el Espacio 609 comparte referencias simbólicas muy importantes. Ambos derivan de la variada familia tupamara. Desde la presidencia de ANCAP logró comunicar bien un punto especialmente apreciado por los frenteamplistas: su convicción respecto a la importancia del Estado como palanca para el desarrollo productivo. Pero, al mismo tiempo, su desempeño en ese cargo le permitió construir un perfil de gobernante moderno, profesional, que lo acerca al de los cuadros de gobierno astoristas. En este sentido, también ha sido muy importante como rampa de lanzamiento la fundación *Propuesta Uruguay 2030*. La puesta en marcha de este *think tank* lo ayudó a reforzar su imagen de gobernante profesional y a tejer lazos con el mundo de los expertos.

Tanto en el FA como en el PN los líderes que, hace un año apenas los analistas políticos solíamos calificar como “emergentes” se convirtieron en referentes de primer orden del sistema político nacional. Constanza Moreira y Raúl Sendic, en el FA, y Lacalle Pou, en el PN, han cambiado rápidamente de status. Moreira lo hizo confrontando con Vázquez y Mujica, Sendic con Astori, Lacalle Pou con Larrañaga. Los dirigentes de la nueva generación avanzan. Los dirigentes que han venido protagonizando el debate público durante los últimos quince años retroceden. Asistimos a un claro proceso de renovación en los liderazgos de ambos partidos. Desde luego, Vázquez, Mujica y Larrañaga seguirán jugando un papel muy importante en la política nacional durante los próximos años. Pero muchos electores comienzan a depositar sus esperanzas en nuevos dirigentes.

Al menos desde la noche del 1º de junio, cuando comenzaron a conocerse los resultados en cada partido, se ha usado la palabra “renovación”. Se dirá que los discursos no son tan nuevos. Se dirá que el de Constanza Moreira es, en ciertos sentidos, el más antiguo, en la medida en que rescata muy abiertamente temas clásicos de la tradición frenteamplista (como el antiimperialismo). Se dirá que no puede hablarse de renovación cuando los otros dos nuevos líderes, Sendic y Lacalle Pou, son hijos y tocayos de referentes fundamentales de la política uruguaya de las últimas décadas (del fundador del MLN-T, el primero; del ex presidente y nieto del fundador del Herrerismo, el segundo). Admito que el punto es discutible y merece una discusión cuidadosa. Pero me resulta imposible escindir en términos analíticos el sorprendente ascenso de los nuevos dirigentes con las señales de apatía con la competencia electoral analizadas en la sección anterior. Desde mi punto de vista, es una pieza más del mismo *puzzle*.

4. ¿El fin de la Era Progresista?

Si la interpretación que se viene presentando respecto a los resultados del 1º de junio es correcta, nos acercamos a la elección nacional en un clima de apatía (especialmente entre los frenteamplistas) y en el contexto de una demanda de renovación de los liderazgos (en los dos principales partidos, el FA y el PN). Mientras se acumula cierto malestar en el sistema político, la economía, en rasgos generales, sigue funcionando sin mayores contratiempos (el PIB creciendo, el salario real y el poder de compra continúan creciendo, el desempleo sigue muy bajo y la inflación no supera la barrera de los dos dígitos). El “malestar” con la política contrasta con el “bienestar” de la economía. En este clima, ¿cuál es el escenario de la elección nacional?

Una elección reñida de resultado incierto

Si el elector decidiera si votar o no al partido de gobierno lisa y llanamente a partir de una evaluación del bienestar obtenido durante su mandato, la reelección del FA estaría garantizada. Es evidente que la economía importa. Sin embargo, la historia electoral del Uruguay, para no ir más lejos, enseña que el partido de gobierno puede perder votos (en términos porcentuales) incluso en medio de ciclos económicos de crecimiento intenso. El FA, por ejemplo, vio disminuir su caudal electoral en 2009 respecto a 2004 a pesar del impresionante boom de la economía durante el mandato de Vázquez.

Para ganar nuevamente y retener el gobierno el FA debería ser capaz de volver a generar entusiasmo. Hasta la fecha, Vázquez no lo ha logrado. En verdad, durante la elección primaria puso mucho más énfasis en la restauración que en la innovación. Un discurso de este tipo está destinado a reforzar la apatía y el desencanto. El “vamos bien” (la principal consigna utilizada por Vázquez durante la primaria) choca frontalmente con la demanda de renovación que se manifestó en junio.

El candidato del FA parece haber empezado a tomar nota de los mensajes políticos más importantes de la elección de junio. En primer lugar, en su breve discurso en el local central del FA, anunció 10 medidas de gobierno. El “vamos bien”, con su mensaje de restauración, fue dejado de lado. En su lugar, Vázquez ha empezado a ofrecer novedades. En segundo lugar, exactamente dos semanas después del domingo 1º de junio, logró que el Plenario del FA (pese a la resistencia del astorismo y de los grupos que respaldan a Constanza Moreira) proclame a Raúl Sendic como su compañero de fórmula.

Vázquez intenta ajustar su propuesta política a un Uruguay que ya no es el mismo que cuando él dejó la presidencia. No le resulta sencillo adaptarse ni entender lo que está pasando. La prueba más clara de esto es que, a pesar del mensaje a favor de la renovación del domingo 1° de junio, contrastó su trayectoria con la inexperiencia de los de la “sub 20”. De todos modos, dio otros pasos en la dirección correcta. Precisa ofrecer menos restauración y más innovación, menos experiencia y más juventud. La incorporación de Raúl Sendic, en ese sentido, es muy importante. Sin embargo, el desempeño del FA depende en buena medida de cuántos otros gestos en la misma dirección sean capaces de hacer. Cuanto más apueste, durante la campaña electoral, a renovar elencos de gobierno y a refrescar políticas públicas, mayor será la capacidad del FA para sintonizar con la demanda de novedad.

De todos modos, no será sencillo para el FA alcanzar la mayoría parlamentaria. La regla general, al menos desde 1942 en adelante, es que el partido de gobierno pierda apoyo electoral en términos porcentuales. El FA ya disminuyó su votación entre 2004 y 2009. Es razonable esperar que esto vuelva a ocurrir en octubre de 2014. El escenario más probable sigue siendo que sea necesario, otra vez, que el primero y el segundo del ranking de octubre midan sus fuerzas en el balotaje. Existen buenas razones para pensar que, llegado el caso, no le resultará fácil al candidato del partido de gobierno vencer al de la oposición. Mujica en 2009 logró superar a Lacalle Herrera porque se benefició de votos blancos. Es mucho más difícil imaginar a Vázquez ganando apoyos entre votantes blancos. Sin embargo, también es difícil imaginar wilsonistas votando a Pedro Bordaberry, o a electores del batllistas del PC votando por Lacalle Pou.

Blancos y colorados podrían minimizar el riesgo de fuga de votantes en el balotaje si se dispusieran a tejer con suficiente antelación una coalición electoral. En noviembre de 1999, en el balotaje, Jorge Batlle logró el apoyo de los electores nacionalistas de octubre porque negoció con Lacalle Herrera, el candidato del PN, el apoyo de los blancos a su candidatura presidencial. El acuerdo se negoció después de la elección de octubre y se firmó el 9 de noviembre. Los dirigentes blancos, durante la última quincena de noviembre, hicieron campaña a favor de Batlle. Pero fue precedido por cinco años de perfecto funcionamiento de un gobierno de coalición liderado por Julio M. Sanguinetti (PC) y Alberto Volonté (PN). No creo que sea suficiente con un acuerdo de este tipo, firmado recién en noviembre, para que el candidato opositor pueda vencer a Vázquez. Hace más de diez años, desde que los blancos optaron por romper la coalición con Jorge Batlle en octubre de 2012, que colorados y blancos privilegian la competencia entre ellos por el segundo lugar en el ranking. Si no hace un esfuerzo por tender puentes los unos hacia los otros no podrán persuadir a tiempo a sus electores de apoyar al candidato a la presidencia del otro partido en el balotaje.

Ventaja para el PN en la competencia por el segundo lugar

Hace un par de años atrás parecía que el PC estaba en condiciones de disputar con el PN el segundo lugar en el ranking. Hoy por hoy, parece realmente difícil que los colorados logren este objetivo. Los colorados aprovecharon muy bien la división del PN entre la fracción herrerista que confrontaba con el gobierno y la fracción liderada por Larrañaga, que priorizaba la cooperación. Asimismo, aprovecharon muy bien la falta de definición del Herrerismo respecto a cómo sustituir a Lacalle Herrera como principal referente del sector. El cambio de estrategia de Larrañaga (de la cooperación a la confrontación) y la irrupción de Lacalle Pou pusieron al PN en condiciones óptimas para la carrera hacia octubre.

A pesar de los esfuerzos realizados por todo el partido, y muy especialmente por su principal referente, Pedro Bordaberry, el PC sigue sin lograr crecer. Habrá que ver qué dicen las urnas en octubre. Pero, al menos por ahora, las encuestas siguen mostrando que el PC no despega. ¿Qué puede estar pasando con el PC? A cuenta de un análisis más detallado que solamente se podrá hacer después de octubre, listo a continuación algunas hipótesis.

En primer lugar, es posible que las encuestas no logren medir adecuadamente el potencial de los colorados. Esto puede suceder por distintas razones, o porque los votantes colorados tienden a ocultar sus simpatías políticas por percibir que es políticamente incorrecto apoyar a un Bordaberry, o porque el PN, durante la primaria, funcionó como un partido con dos candidatos muy potentes (según este enfoque la intención de voto al PN debería disminuir después de la primaria).

En segundo lugar, también es posible que el problema del PC sea que su candidato a la presidencia, como suele decirse, “tiene techo”. De acuerdo a este razonamiento, los esfuerzos del candidato del PC por desplazarse hacia el centro están condenados de antemano por su apellido y/o por su identificación con el gobierno de Jorge Batlle.

En tercer lugar, es posible que el PC no despegue porque no tiene un ala batllista potente. A diferencia de los blancos, que disponen de dos grandes fracciones igualmente potentes y dinámicas, en el PC hay una fuerte asimetría entre Vamos Uruguay y los sectores identificados con el batllismo (Batllistas de Ley y Ala Batllista). Siguiendo este razonamiento, el candidato a vicepresidente debería ser un batllista para favorecer el crecimiento de esta fracción del partido.

En cuarto lugar, también es posible que la explicación haya que buscarla en la sociología electoral. Tradicionalmente los colorados han tenido más apoyo en Montevideo que en el interior, y en los centros urbanos que en zonas rurales. El PC fue desplazado por el FA en su electorado tradicional. Mientras tanto, el PN logró retener a sus electores mucho mejor que el PC. Los colorados están en problemas porque no logran recuperar el electorado urbano ni tienen facilidad para competir con los blancos por el electorado del interior. Siguiendo este razonamiento, el candidato a vicepresidente debería ser del interior del país.

El escenario hacia octubre se presenta complicado para los colorados. Si Jorge Larrañaga hubiera ganado la primaria, Pedro Bordaberry hubiera podido disputar mejor con los blancos los votos montevideanos. La victoria de Lacalle Pou, que demostró una gran capacidad para sintonizar con el electorado de Montevideo y la zona metropolitana, obliga a Bordaberry a intentar competir con los blancos en el interior. La integración de Larrañaga a la fórmula blanca deja poco espacio para la fuga de votantes blancos hacia el PC. Por ahora no se sabe quién acompañará a Bordaberry en la fórmula colorada.

Una nueva oportunidad para el Partido Independiente

El clima de apatía que se ha extendido respecto a la gestión frenteamplista y la demanda de renovación generan una oportunidad para el PI. La designación de Conrado Ramos como candidato a la vicepresidencia, acompañando a Pablo Mieres, transmite exactamente la señal que los independientes han intentado comunicar durante años, es decir, que constituyen el refugio electoral “natural” de los frenteamplistas desencantados.

La derrota de Jorge Larrañaga en el PN, al menos en teoría el candidato más centrista, deja más espacio para el crecimiento del PI. Sin embargo, la experiencia de elecciones anteriores obliga a ser cautos en el pronóstico. Los independientes ya han tenido otros escenarios teóricamente favorables. En la elección de 2009, por ejemplo, estaban en inmejorables condiciones para ir a buscar frenteamplistas irritados dado que todos los demás partidos concurrían a la elección con candidatos que, a priori, tenían problemas para captar el votante de centro (Bordaberry, Lacalle Herrera y Mujica). El PI creció pero no logró su principal objetivo que era obtener una banca en el Senado. Esto lo condenó nuevamente a ser un partido poco relevante en el proceso parlamentario. De todos modos, el papel clave que jugó el diputado Iván Posada en la aprobación de la ley que permite la interrupción voluntaria del embarazo (una de las leyes más polémicas de la legislatura) permitió que muchos electores comprenden cuál podría ser el sentido de votar a un pequeño partido “de ideas”.

5. Conclusión

Es obvio que las campañas electorales no son irrelevantes. Pero, al menos desde mi punto de vista, no siempre son decisivas. El favoritismo del FA en las dos elecciones anteriores, 2004 y 2009, era abrumador. En esta elección, en cambio, la campaña sí lo será. Las principales variables económicas juegan a favor de la reelección del partido de gobierno. Pero algunas variables políticas ya no.

El FA tiene varios problemas serios. En primer lugar, se asoma a la recta final de la campaña con un candidato presidencial que ha dado señales de tener problemas para sintonizar con la opinión pública. A pesar de haber incluido a Sendic en la fórmula, no deja la sensación de percibir hasta qué punto llega la demanda de renovación. En segundo lugar, está obligado a explicar por qué, a pesar de diez años de gestión de gobierno, subsisten problemas importantes como la inseguridad o la educación. En tercer lugar, se enfrenta con candidatos mucho más jóvenes que pueden disputar exitosamente la histórica supremacía frenteamplista entre el casi cuarto de millón de nuevos votantes.

Los partidos de oposición llegan a la elección fortalecidos. El PN encontró sorpresivamente en Lacalle Pou un lenguaje nuevo que lo revitalizó. La fórmula Lacalle Pou-Larrañaga combina Montevideo e interior, juventud y experiencia, centroderecha y centroizquierda. El PC, por su parte, realizó una muy buena elección primaria y debate cómo redefinir su estrategia ante lo ocurrido en el PN. El PI, mientras tanto, renueva la ilusión de llegar al Senado luego de conformar una fórmula presidencial novedosa con un objetivo bien definido.

La campaña será decisiva. Si el FA se limita a proponer “más de lo mismo” corre el riesgo de perder. Si Vázquez sigue apostando a los mismos movimientos y gestos políticos que lo llevaron a la presidencia en 2004 (anunciar a Astori como ministro de Economía, leer propuestas con circunspección presidencial, etc.) sin tomar nota que pasó una década y que, por tanto, ni él, ni Astori, ni la oposición, ni los electores son los mismos, corre el riesgo de perder. Si blancos y colorados no asumen que la última vez que gobernaron juntos el país terminó al borde de la quiebra y que tienen que hacer un esfuerzo extraordinario para comunicar de un modo creíble a la ciudadanía que pueden gobernar bien, por poco estimulante que sea la campaña del FA no lograrán triunfar sobre Vázquez en el balotaje.

El FA es favorito porque la economía importa. Pero puede perder.

6. Bibliografía

Bobbio, Norberto. 1996. *Izquierda y derecha. Razones y significados de una distinción política*. Madrid: Tarus.

Garcé, Adolfo. 2011. "Uruguay. El Frente Amplio como partido de gobierno". En Enrique Iglesias, Rosa Conde y Gustavo Suárez Pertierra (editores), *El momento político en América Latina 2010*. Madrid: Colección Fundación Carolina – Siglo XXI.

Przeworski, Adam. 2010. *Qué esperar de la democracia. Límites y posibilidades del autogobierno*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Wolin, Sheldon. 1974. *Política y Perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*. Buenos Aires: Amorrortu editores.